

## SIETE APROXIMACIONES A LA POLÍTICA

*Palabras pronunciadas por el licenciado Enrique González Pedredo al tomar posesión como presidente de la Asociación Mexicana de Ciencia Política, en cuya mesa directiva figuraba el director del Instituto de Investigaciones Jurídicas, doctor Jorge Carpizo, en calidad de vicepresidente.*

Sean mis primeras palabras para agradecer al señor rector de la UNAM, doctor Guillermo Soberón Acevedo, la hospitalidad brindada a la AMCP en nuestra *Alma Mater*, y al licenciado Fernando Solana, por su presencia entre nosotros, en su doble carácter de secretario de Educación Pública y de miembro distinguido de la Asociación.

1. Hay tiempo de hablar y tiempo de callar: tiempo de acción y tiempo de reflexión. Para la Asociación Mexicana de Ciencia Política, que hoy reanuda actividades, el de ahora es tiempo de pensar. Sin embargo, cuando de política se trata se suscitan algunos equívocos que, de inmediato, hay que aclarar: la política no es ciencia de gabinete, de poltrona. La política, es incómoda; es una disciplina de la acción. Por tanto, pensar es en política actuar y la acción sólo se piensa “en términos de acción”.

2. Ahora bien, si pensar no se concibe en la política sin actuar, no por ello se confunden acción y pensamiento. Quien dice acción dice maniqueísmo. Todo militante es maniqueo y no puede dejar de serlo: si no lo fuera no sería actor eficaz. Para actuar hay que tener la razón o hay que estar convencido de tenerla. Pobre del que se lanza a la batalla corroído de antemano por la duda, la incertidumbre, la indecisión. “Quien no está conmigo está contra mí” dijo el hombre al que debemos la incorporación de la fraternidad y la igualdad como valores dentro de la cultura occidental. Y, recientemente, un teórico alemán dice algo parecido cuando señala la importancia decisiva de la polaridad *amigo-enemigo*; en la relación política quien no cuenta entre los amigos —hubiera podido decir Schmitt— es enemigo. Por ello sostengo que acción es maniqueísmo.

3. El pensamiento, en cambio, es justo lo contrario: es plural como la sociedad, como la naturaleza, como la vida. Lo cual, por cierto, desagrade a muchos: ¡qué fastidio que no haya una verdad absoluta! ¡Qué incómo-

do que en política no exista la unanimidad y que cada cabeza sea, literalmente, un mundo! ¡Qué lástima que el pensamiento no sea como la acción y proceda a su talante! Pero así es. La acción es única: la reflexión múltiple. Las acciones hacen a la política; el pensamiento maniqueo lleva, en cambio, al totalitarismo que es negación de la política (por lo menos negación de la política democrática). En la Asociación Mexicana de Ciencia Política nos ocuparemos de las ideas, de la pluralidad, de los matices: de la democracia.

4. En consecuencia, si política es acción y pensamiento, el hombre es lo que hace, pero también lo que piensa: el hombre es lo que dice. Procedo conscientemente al modo opuesto de Talleyrand: la palabra no nos fue dada para disimular el pensamiento sino para expresarlo con claridad y limpieza. Cuando algo se disfraza acaba asimilándose a la máscara. Pensar y decir suponen un diálogo entre el yo y el otro. Entre distintos y distingos: entre seres que piensan y entre las ideas diversas, plurales que también dialogan entre sí. Pensar y decir suponen no sólo el debate, la confrontación de las ideas. Implican, sobre todo, el respeto entre pares que lo son, justamente, porque reconocen el derecho del otro a ser distinto. Diálogo no es sólo inteligencia es, además, tolerancia. Es prudencia: vieja sabiduría.

5. Diálogo y democracia no son valores formales. A raíz de la enorme difusión del marxismo, una de las grandes visiones políticas de nuestro tiempo y, como parte de la crítica que esta filosofía ha enderezado contra el sistema democrático parlamentario —que se afianzó y consolidó en el XIX por razones de circunstancia histórica—, ha venido confundiendo a este sistema, en la mente de muchos, con la “democracia burguesa”, cuando no con la democracia a secas. El siguiente paso es condenar globalmente a la democracia. Se piensa entonces que si las libertades humanas —los derechos del hombre y del ciudadano de la Revolución francesa, nuestras garantías individuales —fueron una creación de la democracia burguesa, una vez que este sistema sea superado por la “democracia proletaria” habrá que negar y sustituir aquellas garantías por los derechos sociales. Se procede como si los derechos individuales y los derechos sociales fuesen solamente contradictorios y no, también, complementarios.

6. Con esta línea de razonamiento se cometen varios deslices. Señalo dos: 1) las libertades humanas no son, exclusivamente, una creación de la democracia capitalista sino el producto de la lucha permanente del hombre contra la esclavitud y contra las opresiones que lo han ahogado a lo largo del tiempo; 2) la democracia no es patrimonio de una o algunas clases sociales sino una de las más caras aspiraciones de la humanidad desde los arranques mismos de la civilización. No se puede vivir humana, democráticamente, si los seres que integran una comunidad no tienen a salvo sus

derechos y libertades esenciales. Insisto: diálogo y democracia, democracia y libertad no son valores “formales” puesto que la forma —aceptando que la libertad de asociación o la de movimiento, la de pensar o la de trabajar, la de exponer ideas o la de publicarlas, si así nos place, fuesen cuestiones formales— no está separada del fondo. La forma es trasunto del fondo, como el medio lo es del fin: forma *es fondo* como medio *es fin*. Diálogo, tolerancia, democracia no son cascarones huecos, son metas y, como tales, pautas permanentes, valores humanos: conquistas de *todos* los hombres.

7. Actuar, pensar, decir, no tendrían razón de ser si no fueran actos, ideas, expresiones que chocan contra la humillación, que pugnan en favor de la dignidad del hombre: de aquí, de América, de todas partes. Su voluntad de poder es siempre voluntad de *deidad*, en esta asociación giraremos en torno a un propósito: a la voluntad de ser dioses opondremos con firmeza la voluntad de ser hombres. Lo digo con la claridad y con la fuerza de que soy capaz: aquí nos interesa menos la naturaleza de los dioses —la voluntad de poder— cuanto la naturaleza de los hombres, la condición humana.

Termino, pues, invitando a los presentes a preservar esta Academia como algo vivo, como un ámbito operante de reflexión profunda acerca del quehacer político. Hacerlo será hacer política. Los invito a ser radicales en el sentido en que concebía al radicalismo un grande de las ciencias sociales: ser radical, decía, es ir a la raíz misma de las cosas y, “para el hombre, la raíz es el hombre mismo”. Hay que pensar con autenticidad, de acuerdo con *nuestras* raíces. Hay que buscar, en esas raíces, los sustentos del frondoso, pero firme y estable crecimiento, del árbol nacional que a todos nos cobija.